

Lucha ideológica y cultural en el siglo XXI

FRANCISCO JAVIER MORENO GÁLVEZ

Universidad de Sevilla. Área Ideológica del PCE



Introducción

Aunque algunos traten de seguir repitiendo, como si de un mantra se tratase, que la teoría marxista no es útil para pensar el ámbito ideológico, o que no es una teoría sofisticada para pensar el espesor de lo cultural y su funcionamiento como espacio no solo de dominación sino también de resignificaciones y resistencias, hace tiempo que la teoría marxista superó la falsa dicotomía entre estructura y superestructura o, en otras palabras, que integró la materialidad de la ideología en el centro de su corpus teórico.

Sin embargo, la práctica política de las organizaciones de la izquierda radical todavía adolece de cierta tendencia mecanicista, instrumental o simplista a la hora de abordar el funcionamiento de las estrategias y herramientas comunicativas para desarrollar el frente de trabajo ideológico o cultural en la lucha política cotidiana. Podemos señalar dos factores o visiones que marcan esta tendencia que, aunque cada vez más contestada y contrastada en el seno de las propias organizaciones, sigue teniendo un peso específico a la hora de pensar las estrategias de intervención en el plano ideológico:

- En primer lugar, una visión instrumental de la comunicación, centrada en la importancia del canal como el principal obstáculo a superar para canalizar, valga la redundancia, mensajes alternativos con los que conquistar las conciencias. Una visión que se fue sofisticando en paralelo al desarrollo tecnológico, cayendo en una reedición del determinismo que vincula el desarrollo tecnológico con el progreso.
- En segundo lugar, una visión unidireccional de la comunicación, heredada de la concepción matemática de la información, a partir de la

cual la importancia en el modelo de comunicación sería la circulación de un mensaje desde un emisor hasta un receptor por medio de un canal y con un mensaje que, habitualmente, buscaba la modificación de la actitud o percepción del sujeto receptor. Si el receptor no daba la respuesta deseada (en términos publicitarios o ideológicos, por ejemplo), vuelta a empezar, en un esquema típicamente conductista en la que los sujetos no tienen capacidad de agencia, es decir, margen de maniobra para discutir el mensaje y tomar una decisión libre y autónoma. Este modelo de comunicación, en el que se imitaban los mecanismos comunicativos del poder simplemente cambiando el contenido del mensaje, todavía hoy tiene influencia en las propuestas comunicativas de la izquierda.



Resulta útil recurrir a la teoría marxista para dibujar un mapa sobre la evolución del debate sobre las relaciones entre base y superestructura, y sobre el papel de la comunicación y la cultura en los procesos de dominación y legitimación del poder.

22

Debates marxistas sobre la batalla ideológica: del análisis de la producción al giro del sujeto

En este mismo número de *Nuestra Bandera* se reseña el último libro de Francisco Sierra, *Marxismo y comunicación. Teoría crítica de la mediación social*, que precisamente se ocupa de rellenar una laguna, no tanto en cuanto a la producción sino al conocimiento, en torno a la complejidad con la que aborda la teoría crítica el ámbito de la comunicación y la cultura. En el libro se hace un recorrido precisamente por aquellos autores y teorías que constituyen los fundamentos marxistas de la teoría de la comunicación: desde Marx a Brecht, pasando por Gramsci, la Escuela de Frankfurt o Althusser, con una parada especial en el marxismo español, de la mano de Juan Carlos Rodríguez, y latinoamericano, especialmente en relación con la obra de Bolívar Echeverría. En dicha genealogía del pensamiento crítico existe un punto de inflexión no diacrónico, por cuanto sus bases se pueden remontar a la primera y segunda generación del pensamiento marxista (siguiendo la propuesta hecha por Perry Anderson), sino de foco de interés y su influencia en la forma de comprender los fenómenos ideológicos de las sociedades contemporáneas: el tránsito del análisis de la producción a la reivindicación del papel del sujeto. Vale la pena aclarar que no es un tránsito excluyente, por cuanto se reconoce que el sujeto, aunque autónomo de manera individual y, sobre todo, colectiva, está determinado por condiciones estructurales que le sujetan, aunque dicho reconocimiento suponga un desplazamiento fundamental.

La escuela más influyente en lo que a análisis de la producción se refiere fue, sin lugar a duda, la articulada en torno al Instituto de Investigación Social de Frankfurt a partir del año 1923, más conocida como Escuela de Frankfurt, y que, en su empeño por abordar del capitalismo industrial y sus efectos en el ámbito de la cultura y la conciencia, van a desarrollar el armazón teórico de una sociología de la cultura que desarrolla y completa lo que Marx y Engels habían esbozado en obras como *La ideología alemana*, pero también lo avanzado por otros autores como Lukács o Gramsci. Partiendo de la máxima marxiana «las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes de cada época», los autores de esta escuela, entre los que destacan Adorno, Horkheimer y Benjamin, se van a preguntar sobre los fundamentos ideológicos del poder en la era del capitalismo industrial, dando especial relevancia a los medios de comunicación y a las industrias de la cultura, responsables de la transmisión de unos contenidos que se entendían como productos de consumo ideológicos e ideologizadores.

De entre las múltiples aportaciones que la Escuela de Frankfurt realizó al campo de las ciencias sociales podemos destacar dos que todavía hoy influyen, con diferente intensidad, en la visión que la izquierda tiene de los ámbitos de reproducción cultural: la crítica a la racionalidad instrumental y a la configuración industrial de la cultura.

El primero de ellos, la racionalidad instrumental, nos sirve como punto de partida de la crítica a los conceptos de progreso, desarrollo o modernización, de plena actualidad cuando afrontamos los límites del capitalismo en términos ecosociales. Los autores de la Escuela de Frankfurt consideran que la lógica del capitalismo avanzado está dominada por la racionalidad instrumental, que se traduce en sociedades altamente racionales que prometen un progreso constante mediante un desarrollo ilimitado de los medios tecnológicos, pero al servicio de fines completamente irracionales como la sociedad de consumo, el militarismo armamentista, etcétera. Así, la razón y el avance tecnológico son rehenes del modelo de desarrollo capitalista y tecnocrático, en el que se vende como progreso la forma de dominio que es especialmente eficaz, pues no aparece como un dominio explotador y opresor, sino racional.

El segundo ámbito, especialmente desarrollado en el libro *Dialéctica de la Ilustración*, de Adorno y Horkheimer, es el de la crítica a la industria cultural, que para estos autores resulta un concepto más adecuado que el de cultura de masas, al poner el foco en las condiciones industriales de producción de los productos culturales que podían disfrutarse a través de los principales medios de comunicación. Lejos de creer que el acceso masivo a productos culturales, incluso a los provenientes de la considerada como alta cultura (música clásica, literatura, etcétera), podría acarrear una mayor democratización en el acceso por parte de una parte de la población que hasta la aparición de los modernos medios de comunicación de masas había estado excluida de ese espacio público, estos autores defienden que lo que mueve a la industria cultural



es la cobertura de las necesidades de la sociedad industrial en cuanto a entretenimiento y venta de un modelo ideal de consumo a la población trabajadora, convirtiendo, al fin y al cabo, el supuesto progreso cultural en su contrario. La cultura, más que democratizarse, se ha industrializado, encomendándose a los mecanismos de valorización del capitalismo y a su racionalidad instrumental, formando parte de una industria específica que tiene una función social determinada: diseminar todo un conjunto de ideas, valores y creencias que legitiman el *statu quo*, ayudando así a reproducir el orden social existente. De este modo, la población va aceptando de forma acrítica las estructuras de persuasión que canalizan los medios. La cultura se convierte en ideología. En concreto, los autores de la teoría crítica parten del concepto del Marx joven de «alienación» para afirmar que los medios de comunicación objetivan la esencia humana y la conciencia como una mercancía más en un modelo de alienación clásico donde se da esa relación íntima entre los intereses de la población y los intereses de la clase dominante.

Esta visión de la cultura subyace todavía hoy en algunos de los debates y análisis sobre la lucha ideológica por parte de las fuerzas de la izquierda radical en países como España. Una postura crítica legítima, aunque incompleta, si lo que se quiere es entender cómo funcionan los fenómenos de mediación social que operan en el ámbito de la conciencia en toda su materialidad. En el centro de las ausencias en los planteamientos de la Escuela de Frankfurt nos encontramos la negación de la potencialidad del sujeto, de su capacidad de agencia para trascender la función de mero espectador y erigirse como sujeto activo que pone en juego sus propios intereses y negocia los sentidos dominantes en los productos culturales.

Esta ausencia va a ser precisamente objeto de una revolución epistemológica que va a atravesar al conjunto de las ciencias sociales en los años sesenta y a la que podemos referirnos como el giro del sujeto, que va a poner a este en el centro de la reflexión sociológica situándolo como un actor que, a través de sus prácticas concretas, estructura el sentido de forma activa y crítica. En el ámbito de la comunicación y la cultura vamos a pasar de una concepción demasiado restringida al análisis de la producción de los medios y sus efectos en las audiencias a otra que se va a ocupar del carácter complejo y contradictorio de la recepción. Esta recepción va a ser entendida como un proceso interactivo, de negociación entre emisor y receptor, en el que este último desarrolla dinámicas complejas de producción activa de sentido que van más allá de la consideración de las formas de dominio y control cultural, revalorizando las prácticas concretas de interacción mediática en la que las mediaciones entre los actores de la comunicación están determinadas por numerosas variables, agentes e instituciones sociales.

Dentro de la teoría marxista, van a ser dos corrientes en especial las que tomen el testigo de los autores de la Escuela de Frankfurt, pero completando



su carencia en relación con la comprensión insuficiente de la autonomía relativa del ámbito de la cultura y del papel de los sujetos en las estructuras sociales. Nos referimos a la economía política de la comunicación y a los estudios culturales que, en su reacción a los postulados del funcionalismo y del marxismo ortodoxo, apuestan por un materialismo cultural que supone la articulación de lo material, lo económico y lo ideológico en tres niveles analíticamente distintos pero imbricados en las prácticas socialmente concretas. Por un lado, la primera generación de los estudios culturales, que comprende a Williams, Thompson, Hoggart y Hall, ponen en la agenda académica el carácter complejo de la recepción, que moviliza recursos culturales y conduce a la construcción subjetiva del sentido. Por otro lado, la economía política de la comunicación propone descentrar el estudio de los medios en un marco teórico más amplio del proceso de producción y reproducción cultural, yendo más allá de la dominación cultural impuesta por la industria cultural y la ideología dominante y poniendo en un primer plano el capital, la clase, la contradicción, el conflicto y las luchas de oposición y resistencia que atraviesan el escenario mediático. Las aportaciones de ambas corrientes nos señalan la importancia de que, en el análisis de los medios de comunicación, tan importante es lo que pasa en el ámbito de la producción de esos medios, de sus estructuras, como lo que sucede en el ámbito de la recepción y su complejo entramado de negociaciones del sentido. Es en este segundo plano donde se muestra de manera más descarada lo limitado que es reducir la idea de cultura al ámbito de la reproducción social e ideológica, pues se dejaría de lado el campo de los procesos constitutivos y, por tanto, transformadores de lo social, que también operan en el ámbito de la cultura y de los que da cuenta el concepto gramsciano de hegemonía. No obstante, en esta enmienda a la distinción mecanicista entre base y superestructura es necesario no perder de vista el peligro que supone olvidar el problema del poder y la dominación a la hora de evaluar las capacidades de resistencia de los sujetos, pues sería lo que marcaría la diferencia entre el consumidor/ciudadano y el sujeto/ciudadano, fundamentado en la demanda social de participación y en la construcción de una contra-hegemonía.



La lucha ideológica y cultural en la actual coyuntura

Habida cuenta de los debates sobre la cultura y la comunicación en la teoría marxista, que a grandes rasgos todavía hoy nos ayudan a comprender de manera compleja las dimensiones de la lucha ideológica y cultural en el presente, nos encontramos ante una coyuntura marcada por una correlación de fuerzas desfavorable para las fuerzas progresistas que tratan de revivir la máxima clásica de unión de las fuerzas del trabajo y la cultura en favor de una transformación subversiva del orden social existente.

Tras el ciclo político abierto por la crisis económica de 2008, marcado por una crisis de régimen que tuvo su expresión política en el 15M y los movimientos políticos que se desarrollaron más tarde, se han revalorizado las aportaciones teóricas de la primera generación de estudios culturales, encarnadas principalmente en la figura de Stuart Hall. La reedición de los textos de este último y la atención puesta sobre su análisis de la política británica en la época del thatcherismo han servido para volver a situar el problema de la disputa cultural por el sentido común de época en el centro del debate de la lucha ideológica en el presente. No obstante, se suele pasar por alto algo fundamental para entender el éxito que en el plano cultural tuvo la propuesta neoliberal en un país que pocos años atrás había estado cohesionado precisamente en torno a la cultura de la clase obrera como elemento aglutinador nacional: la puesta en marcha de toda una red de fundaciones, institutos de pensamiento, medios de comunicación, editoriales, asociaciones, etcétera, controladas por los conservadores y que pusieron en juego una estrategia de intervención coordinada para influir en la conciencia de las capas populares. Esto constituye también la dimensión material de la lucha cultural.

En los últimos años, coincidiendo con el auge de la extrema derecha también en nuestro país, hemos asistido a la articulación global de una estrategia ideológica de las propuestas ultraconservadoras, llegando al punto de ver a Marion Le Pen citar a Gramsci para ilustrar la apertura de un centro en Madrid de su Instituto de Ciencias Sociales, Económicas y Políticas. Desde otras latitudes no podría entenderse la evolución del ciclo político en América Latina sin analizar, como bien hacen desde CELAG, el papel proactivo de los *think tanks* estadounidenses en esos sistemas políticos y económicos. Otro ejemplo lo tenemos en las recientes elecciones presidenciales de Ecuador, en las que el candidato conservador, Guillermo Laso, preside una fundación de la red conservadora regional Atlas Network, como denuncia la iniciativa *Pandemia Digital*.

Los anteriores son solo algunos ejemplos de la manera en que la derecha sigue aplicando una receta que le ha reportado importantes beneficios en el pasado, como señalábamos con el ejemplo británico de finales de los setenta. Mientras tanto, desde la izquierda, a pesar de la profusión de iniciativas de diferente tipo (*think tanks*, fundaciones, institutos de pensamiento, revistas, editoriales, etcétera), sigue siendo una asignatura pendiente la articulación regional de una estrategia común y coordinada que sea capaz de hacer avanzar posiciones en la batalla de las ideas en curso. Desde la Fundación de Investigaciones Marxistas, nuestro partido está tratando de abrir este debate y crear un espacio de encuentro para los diferentes actores implicados en esta arena de luchas. La centralidad y materialidad de la disputa cultural no admite demora, y, viendo las posiciones que día a día gana la extrema derecha en el campo político e ideológico en nuestro país, nos va la vida en ello. ★



Referencias

- HALL, Stuart (2018). *El largo camino de la renovación. El thatcherismo y la crisis de la izquierda*. Madrid: Lengua de Trapo.
- HOGGART, Richard (2013). *La cultura obrera en la sociedad de masas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- MARTÍN BARBERO, Jesús (2002). *Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*. México: Fondo de Cultura Económica.
- MOSCO, Vincent (2009). *La economía política de la comunicación. Reformulación y renovación*. Bosch: Barcelona.
- MATTELART, Armand y NEVEAU, Erik (2004). *Introducción a los estudios culturales*. Barcelona: Paidós.
- MÉNDEZ RUBIO, Antonio (2004). *Perspectivas sobre comunicación y sociedad*. Valencia: PUV.
- SIERRA CABALLERO, FRANCISCO (2020). *Marxismo y comunicación. Teoría crítica de la mediación social*. Madrid: Siglo XXI.

